



LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS A LOS NIÑOS.

X.

EL VAPOR Y SUS APLICACIONES.

No era mi ánimo que este décimo artículo de LOS INVENTOS fuese al vapor dedicado, puesto que lo destinaba al estudio de los relojes; pero ya entiendo que sería inoportuno hablar de una cosa tratada en las páginas de este periódico, en el tomo anterior, siendo ésta la causa de que los relojes dejen de tener cabida en esta serie de artículos, que á fin de exponeros los inventos célebres, escribo para vosotros, lectores queridos de Los Niños. Y la pérdida no es de gran cuantía, que hay materia abundante de que tratar, y por lo tanto, medio de escribir numerosos artículos que puedan ir en pos del presente.

Paso, por lo tanto, á tratar del

vapor, que es digno de un estudio, no ligero y sencillo, sino grave y meditado. No haré yo para vosotros este último, que ni teneis conocimientos en física ni en mecánica, ni otra cosa que aburrimiento podria produciris aquello que fuese serio y reflexivo.

El vapor, que cuenta con tantas importantes aplicaciones; el vapor, que aplicado á las máquinas causa hoy en el mundo industrial un distinto modo de ser, es conocido antiguo de vosotros.

Ya en otro lugar, al hablaros de un fenómeno natural, hube de señalaros cómo teniais todos en las cocinas de vuestras casas el vapor presente siempre.

Lo recordaréis: el humo blanquecino que se escapa de la vasija que con agua se encuentra en la candelilla, ese humo que levanta la tapadera que cierra la vasija para escaparse veloz y disiparse en el aire, ése y no otro es el vapor empleado hoy para mover las máquinas, y que así os arrastra cuando caminais en ferro-carril, como mueve en una fábrica el poderoso volante que comunica el movimiento á mil diversos aparatos.

¿No es verdad, niños queridos, que parece mentira que el humo que sale del agua hirviendo tenga una fuerza tan poderosa?

Y la tiene: si fuerza no tuviera no pudiera hacer saltar la tapadera que cierra la olla donde poneis agua á calentar.

Y diréis:—si salta la tapadera es porque no está bien puesta; si lo estuviera, y firmemente se hallase asegurada, no saltaría.

Os equivocais.

Incrédulos; veo que la risa asoma á vuestros labios, como si no creyeseis la verdad de cuanto os digo.

Y es verdad, sin embargo. Si sobre un hornillo encendido poneis una olla y la tapais fuertemente con un tornillo de rosca, podeis estar seguros de que la tapa no saltará como ántes.

—Entónces, exclamais, era fundada nuestra credulidad.

—No, queridos niños, os he dicho que no saltará como ántes, y es verdad; saltará en pedazos toda la vasija, que estallará, gracias á la fuerza

del vapor, que obrará sobre la superficie interior del receptáculo donde se encontraba.

Existe, pues, una gran fuerza, y ésta es la que se ha aprovechado, aplicándola para el movimiento de las máquinas.

Es, pues, necesario averiguar quién fué el inventor de la máquina de vapor, ya que el estudio de ésta ha de empezar por el nombre de su inventor.

Y ¿qué quereis que os diga? sucede en esto lo que en otros inventos que os he referido.

Hay tantos inventores, que no se sabe á cuál dar la primacía.

Veamos, empero, si es posible dar con la verdad. Tres nombres parecen disputarse en este punto el honor de la invencion: Salomon de Caus, Blasco de Garay y el Marqués de Worcester.

¿Y quién de ellos es tal vez el que verdaderamente merece que se le aplique la invencion?

No lo sé, aunque tal vez á ninguno de los tres se deba la máquina de vapor.

—¿Es posible? exclamais.

—Y muy probable, niños queridos: los que nos han legado la rica herencia que hoy hace posibles los maravillosos progresos de la industria son Papin y Watt.

Os diré, sin embargo, ántes de hablaros de estos dos últimos, algo de los anteriormente nombrados, y de la infancia de la máquina de vapor.

Ésta existia, segun algunos, ántes

de Jesucristo, en tiempos del rey Heron de Alejandría; pero ni entón-ces, ni áun muchos siglos despues, fueron conocidos los efectos mecánicos del vapor. Salomon de Caus, al principio del siglo XVII, no pudo explicarlos satisfactoriamente.

Y se considera, y este punto merece ser completamente esclarecido, á Blasco de Garay como inventor; y ya que era español, bueno será que os diga lo que en esto hay.

El 17 de Junio de 1543 se verificó en Barcelona la prueba de una máquina que debia hacer andar las embarcaciones, áun cuando no soprase la más leve brisa.

El experimento llevóse á cabo, y segun habia manifestado Blasco de Garay al rey Cárlos V, la maquina hizo andar al barco, poniendo en movimiento una rueda de paletas en cada costado. Comisionados particulares asistieron al acto, concediendo el rey al inventor mercedes y premios.

Nada se supo despues de la máquina que habia servido para el experimento, pues parece la llevó consigo Blasco de Garay; pero aunque así sea, el hecho dice por sí cuanto en esto pudiera haber de importante.

¿Puede, pues, la España vanagloriarse de haber tenido entre sus hijos al inventor de las máquinas de vapor?

Nó soy yo, niños amados, quien puede afirmarlo; aunque no quiera ser tampoco como el célebre Arago,

que dijo que, aunque el experimento de Barcelona fuese cierto, no podia diferenciarse la máquina de Blasco de Garay de las primitivas que ya existieron ántes de nuestra era.

De cualquier modo, ello es que en el archivo de Simánkas existian documentos varios sobre el invento de Garay, y que existirán allí si á otra parte no han sido trasladados.

¿Merece estudiarse esta cuestion? Creo que sí, queridos niños.

Y no creais que, aunque algo merezca Garay, pudiera dejar de concederse á Dionisio Papin y Jaime Watt lo que verdaderamente les corresponde: ellos son los que nos han legado la máquina actual, lá máquina de émbolo, que más adelante estudiaremos.

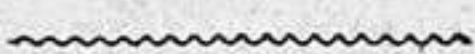
Y, pues, os he presentado algunos datos, y áun debo hablaros mucho sobre esta materia, dejo hoy la pluma, terminando con este artículo que ha de encontrar continuacion en el siguiente.

Y entre tanto puedo en el otro seguir narrando este invento, termino haciéndoos una advertencia.

No vayais, para probar la fuerza del vapor, á poner en las cocinas de vuestras casas una olla con tapa de rosca llena de agua en el hornillo. Si estallára, pudiera causaros mucho daño, y ante el peligro, lo mejor es no intentarlo.

Adios, pues, hasta otro número, en que podré continuaros mi narracion.

E. THUILLIER.





LA JURA EN SANTA GADEA.

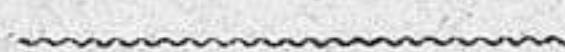
En una hermosa mañana,
 Cuando con vivos fulgores
 Doraba sierras y valles
 El sol desde el horizonte,
 Seguido de algunos pocos,
 Mas leales, servidores,
 Por los muros de Toledo
 El buen don Alfonso huyóse.
 Según nuevas recibidas

En la toledana corte
 (De secretos mensajeros
 Por Urraca embajadores),
 Castellanos y leoneses,
 En un pensamiento acordes,
 Rey alzarle codiciaban
 Sobre el paves de los nobles,
 Para heredar á don Sancho,
 Muerto por la vil y torpe

Mano de Bellido Dólfos,
 Felon entre los felones.
 Absorto cabalga y triste,
 Porque con rubor conoce
 Que el Cid no quiere jurarle,
 Y que á su eleccion se opone
 Si él ántes no jura firme,
 Por su honor y por su nombre,
 Que en la muerte de su hermano
 No hay nada que le deshonne.
 Y en verdad son muy fundadas
 Sus hondas meditaciones,
 Pues apénas llega á Búrgos,
 Que entre vítores le acoge,
 Por ver si es ó no culpado,
 Sin que algun descanso logre,
 Llévanle á Santa Gadea,
 Donde juntos, como en córtés,
 Con el Cid Rodrigo aguardan
 Caballeros, infanzones,
 Mesnaderos y soldados,
 Pueblo, clérigos y monjes.
 Entró en la iglesia, y severo
 Irguiéndose el Cid entónces,
 Con respeto y entereza
 De aquesta manera hablóle:
 « Rey Alfonso, rey Alfonso,
 Vén y ante el reino responde,
 Que es justo que á su demanda
 Des cuenta de tus acciones.
 Si has de empuñar ese cetro
 Que hoy á tus plantas depone:
 Si hemos de ser tus vasallos
 Y cumplidos defensores,
 Fuerza es que jures tres veces
 (Por Cristo que aquí nos oye)
 Sobre un cerrojo bendito
 Y una ballesta de roble,
 Que en la muerte de don Sancho,
 Que de Dios la gloria goce,
 No hubiste culpa ninguna,
 Ni en hechos, ni en intenciones.

Si eres inocente, á nadie
 Verás que á tí no se postre;
 Si culpable, viles manos
 Te den la muerte feroces.»
 Y el Rey, trémulo de enojo
 Por si traidor le suponen,
 En voz solemne que al pueblo
 Con espanto sobrecoge,
 « Juro por Dios uno y trino,
 Al de Vivar contestóle,
 Que en la muerte de mi hermano
 No hay mancilla que me toque.
 Y si villano mintiere,
 Cuando el alma me abandone
 Pasto mi cadáver sea
 De buitres devoradores.»
 Así al Cid, que inexorable
 Tres juramentos propone,
 Le repuso hasta tres veces
 Con reprimidos furores.
 Ya terminada la jura
 El buen Cid afinóse,
 Y luego añadió: « Castilla
 Por su rey te reconoce.
 Yo soy el primer vasallo
 Qué á tu servicio se pone,
 Su pleito-homenaje haciendo
 Al guerrero, al rey, al hombre.»
 Y Alfonso, que á estas palabras
 Sintió en sí cólera doble
 Por la ya pasada jura,
 De modo tal replicóle:
 « Me acatas, mas me ultrajaste;
 Sal del reino, y á él no tornes
 Ántes de un año.» Y al punto
 De allí Rodrigo partióse,
 Sin hacer saludo y vénia,
 Con altivez que no esconde;
 Seguido, en deudos y amigos,
 De trescientos campeones.

ANTONIO ARNAO.



JUAN EL CORNETA.

(Conclusion).

IV.

Llegó la noche, y con ella las horas de mortal silencio.....

¡Qué silencio aquel, hijos míos!

No era como el de otras noches, no.

Ordinariamente, en la quietud de los campos, cuando brillan las tranquilas estrellas y zumban por todas partes los vagos sonidos que producen los infinitos insectos, constituyendo una armonía sin forma, indefinible y seductora, experimenta nuestro corazón una dulce tristeza que nos inclina á pensar en Dios y á orar con verdadera devoción.

Pero aquella infausta noche, en vez de oírse esa inexplicable música, se percibía tan sólo, en medio de un imponente silencio, ya el ahogado gemir del moribundo herido, ya el aullido triste del pobre perro que lloraba á su manera por su amo muerto.

Allí estaba Palomo, y Palomo aullaba.

Hubo, sin embargo, un momento en que parecía dar tregua á su dolor.

Habia visto brillar no léjos de allí dos vivas lucecitas, y al distinguir las tembló, incorporándose y disponiéndose á la defensa.

Aquellas lucecitas eran los brillantes ojos de un lobo.

Aquel lobo buscaba una presa en que cebarse. ¿Quién sería la pobre víctima sacrificada á su voracidad?

¡Qué horas de inquietud fueron las de aquella noche para el cariñoso Palomo! Así es que al asomar el primer albor del día, parecía como que aquel inteligente animal recobraba la esperanza.

Pero no tardó mucho en caer sobre él un turbion de nuevas inquietudes.

Bandadas de negros cuervos se presentaron por todas partes hambrientos y deseosos de devorar la carne humana; y el valiente Palomo sostuvo con ellos un descomunal combate, impidiendo que ninguno de aquellos espantosos pajarracos profanára con su inmundo pico el cuerpo del desgraciado Juan.

De este modo amaneció el día seis de Mayo, y es indudable que el noble can hubiera tenido que rendirse y sucumbir á la superioridad del número de sus enemigos, si no hubiesen aparecido por allí algunos grupos de soldados que iban cumpliendo con el santo deber de recoger los heridos y enterrar los muertos. No

dejó de vacilar Palomo ántes de permitir que nadie pusiera la mano en el cuerpo de su amigo el corneta, y áun mostró su blanca dentadura despidiendo rayos sus brillantes ojos. Pero su buen instinto le hizo comprender sin duda que no se trataba de hacerle daño alguno y permitió, por fin, que se acercára un médico.

Éste procedió á examinar la herida del niño.

¡Pobre Juan! de su pecho brotó un débil quejido y sus ojos se entreabrieron.

Es imposible describir la alegría que en aquel momento se apoderó de Palomo, y el cariñoso afán con que se abalanzó á él lamiéndole y colmándole de caricias.

Entónces cogieron dos carlistas al herido, y hecha la primera cura, lo retiraron á un pueblo no lejano.

V.

—¿Vive aún? me preguntaréis.

—Sí, mis queridos niños: vive, y es un hombre respetable; y segun las últimas noticias que me dieron, ya repuesto de su herida el capitán, hoy general, le cuidó con el cariño de un padre, habiéndole hecho despues con su proteccion llegar á teniente coronel.

—¿Y Palomo? diréis.

—Palomo no se separó ni un instante de su lado hasta que murió de vejez.

Sí, hijos míos, el capitán debió la vida á Juan, porque Juan era agradecido, y Juan se la debió al pobrecito Palomo, porque éste tambien lo era.

Creed que nada hay tan hermoso á los ojos de Dios como hacer bien.

PEREZ DE LIÉBANA.

EL BUHO.

FÁBULA DE FENELON.

Vióse en una fuente un Buho,
Y tan bello se encontró,
Que dijo, muy satisfecho,
En su necia presuncion:
« Al nacer, me coronaron
Las Gracias; Vénus me dió
Su cintura; y en mi torno
Vuela, alegre y jugueton,
Para acariciar mi frente
Con sus alas el Amor;

Hijos me dará Himeneo
Tan hermosos como yo,
Encantos de la floresta,
De la noche galardón.
¡Perder la perfecta raza,
En verdad, fuera un dolor!
¡Feliz la esposa que alcance
Dominar mi corazón!»
Y da encargo á la Corneja
Que yaya de embajador

Á pedir una hija al Águila
 Que en los aires se cernió ;
 La Corneja le hace al punto
 Esta justa observacion :
 —« ¡ Qué ! La reina de los aires ,
 Que mira atrevida al sol ,
 ¿ Consentirá en un enlace
 Tan desigual , cuando vos
 No podéis abrir los ojos
 Sino á la luz de un farol ? »

Pero el vanidoso Buho
 Sus razones no escuchó ,
 Y volando la Corneja
 Fué á cumplir su comision ;
 En tono de burla , el Águila
 De este modo respondió :
 —« ¿ Quiere ser mi yerno el Buho ?
 Que venga , al salir el sol ,
 Á saludarme en el aire ,
 Y haga allí su peticion . »



En su vanidad , el necio
 Rápido el éter cruzó ;
 Sus ojos se deslumbraron
 Con los reflejos del sol ,
 Y , ciego , sobre una roca
 Precipitado cayó .
 Los pájaros se lanzaron
 Sobre él con saña feroz ,
 Arrancándole las plumas ,
 Castigo á su presuncion .
 Pudo escapar por milagro ,
 Y en su agujero se entró ;
 Mas despues , arrepentido
 De su loca pretension ,

Una hija pidió al Mochuelo ,
 Y con ella se casó ;
 En la oscuridad se amaron ,
 Huyendo siempre del sol ,
 Felices , porque es la noche
 El reinado de los dos .

*Toma , niño , esta leccion ;
 Ese castigo le espera
 Al que sale de su esfera
 Y al que tiene presuncion .*

T. GUERRERO.



EL ANILLO DE GIGES.

(DE FENELON.)

(Conclusion.)

Calimaco resolvió sorprender á todos los lidienses por medio de su anillo. Muchos jóvenes de las más distinguidas familias corrieron delante del Rey, el cual se habia bajado del carro para verlos correr. En el momento en que todos habian concluido de correr, y que Creso iba á conceder el premio, subiése Calimaco en el carro del Rey volviéndose invisible, y lanzó á la carrera los fieros leones, que le arrastraban con la velocidad del rayo. Al verlo correr así se hubiera creido que era el carro de Aquiles, tirado por los corceles inmortales, ó

el de Febo cuando despues de haber recorrido la inmensidad de los cielos, se precipitó en el seno de las ondas. Al principio creyeron que los leones iban solos y que corrian á la ventura; pero bien pronto comprendieron todos que iban guiados por una mano ejercitada, y que aquella carrera ganaba á todas las otras. Sin embargo, el carro parecia vacío, y todo el mundo estaba inmóvil y suspenso. Por fin concluyó la carrera y le concedieron el premio, aunque sin saber quién lo habia ganado. Los unos creian que era alguna divinidad que

se burlaba de los hombres, y los otros aseguraban que era un hombre llamado Orodes, que habia venido de Persia y que tenía el arte de los encantamientos, que evocaba los seres infernales, y tenía en su mano todo el poder de Hécate, que hacia que se apoderáran á su antojo las furias y la discordia del corazon de sus enemigos, y hacia oír durante la noche los aullidos del Cervero y los profundos gemidos de Erebo; en fin, que podia eclipsar la luna y hacerla descender del cielo á la tierra. Creso creyó que Orodes habia guiado el carro y le mandó llamar. Le encontraron con dos serpientes en el pecho, y pronunciando entre dientes palabras misteriosas, con las cuales conjuraba á los espíritus infernales. Orodes negó que él fuera el invisible vencedor, pero el Rey no quiso creerlo. Calimaco era enemigo de Orodes porque le habia predicho á Creso que él sería la causa de la ruina entera de su reino. Esta prediccion hizo que Creso tuviera á Calimaco en un desierto y reducido á la mayor miseria. Calimaco sentia ya el placer de la venganza al ver el embarazo de su enemigo. Creso insistia en que él era el que habia obtenido el premio, pero Orodes lo negaba. Al fin, y como el Rey le amenazase con castigarle, sus amigos le aconsejaron que dijera que sí. Entónces pasó de un extremo á otro, y la vanidad le cegó. Se vanaglorió de haber hecho aquello por la virtud de sus artes; pero en aquel mismo momento el carro volvió á emprender la carrera

al mismo tiempo que oía el Rey pronunciar estas palabras: «Orodes se burla de tí, pues se vanagloria de lo que no ha hecho.» El Rey, irritado contra Orodes, hizo que le cargáran de cadenas y que le arrojáran á una profunda prision.

Calimaco, despues de satisfacer sus pasiones con el socorro de su anillo, fué perdiendo poco á poco los sentimientos de moderacion y de virtud que habia tenido en su soledad y en sus desgracias. Idea tuvo de entrar en la cámara del Rey y matarle en su lecho, pero no se pasa tan pronto de la virtud al crimen, y se horrorizó de una accion tan cruel. Sin embargo, se dirigió á Persia para ver al rey Cyro, y le contó todos los secretos de Creso y los designios de los lidienses de hacer una liga contra los persas con las colonias griegas del Asia Menor; al mismo tiempo le explicó los preparativos de Creso y los medios de contrarestarlos. Entónces Cyro abandonó las orillas del Tigris, en donde estaba acampado con un numeroso ejército, y se dirigió al rio Halis, en donde Creso se presentó ante él con tropas más lujosas que valientes.

Los lidienses vivian demasiado bien para no temer la muerte. Sus trajes estaban bordados de oro, sus armas eran doradas, y marchaban seguidos de un número prodigioso de magníficos carros. El oro, la plata y las piedras preciosas se veian con profusion en sus tiendas de campaña, en sus casas, en sus muebles y hasta en sus esclavos más humildes.

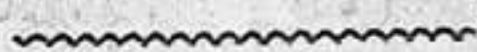
El fausto y la molicie de aquel ejército hacían presagiar una derrota por más que los lidienses fuesen en mucho mayor número que los persas. Éstos, por el contrario, no llevaban más que pobreza y valor; iban ligeramente vestidos y se mantenían con raíces y legumbres, no bebiendo más que agua y durmiendo en el campo. Sin cesar se ocupaban en violentos ejercicios para acostumar el cuerpo á la fatiga, y de hierro eran todos sus adornos; sus tropas iban provistas de picas, dardos y espadas, y menospreciaban á sus enemigos, sumidos siempre en los placeres.

La batalla apenas mereció el nombre de combate. Los lidienses no pudieron sostener el primer choque, y cayeron los unos sobre los otros. Los persas hicieron una horrible carnicería. Creso huyó á Sareles, adonde lo persiguió Cyro, sucumbiendo aquella capital despues de un largo sitio y siendo conducido Creso al suplicio. En esta situación pronunció el nombre de Solon. Cyro quiso saber lo que decía, y supo que Creso deploraba su desgracia por no haber creído á aquel famoso griego que le había dado sabios consejos, y Cyro entonces perdonó la vida al vencido rey.

Entonces Calimaco empezó á disgustarse de su fortuna. Cyro le había elevado al rango de los Sátrapas y

le había dado grandes riquezas. Otro hubiera estado contento, pero el lidiense con su anillo se consideraba capaz de subir mucho más alto, y no podía sufrir que hubiera quien fuera más que él y tanto como él, y por otro lado, no se atrevía á matar á Cyro, á quien debía tantos beneficios. Algunas veces había sentido haber arrojado á Creso de su trono, y cuando le vió conducir al suplicio se sintió lleno de pena. No pudiendo vivir en un país en donde había causado tantos males, y en donde no había podido satisfacer su ambición, partió en busca de un país desconocido; atravesó inmensas tierras, experimentando en todas partes el poder de su anillo, cambiando los reinos á su capricho, reuniendo inmensas riquezas, y encontrándose siempre lleno de deseos. Su talisman se lo proporcionaba todo ménos la paz y la felicidad.

Ésta no se encuentra sino en uno mismo, y es completamente independiente de todas las cosas exteriores, á las cuales apreciamos tanto, pues cuando con la grandeza y la opulencia se pierde la sencillez, la inocencia y la moderación, entonces el corazón y la conciencia, que son donde reside la felicidad, llegan á ser presa de la inquietud, de la vergüenza y de los remordimientos más enojosos.



LA VIDA ACUÁTICA.

II.

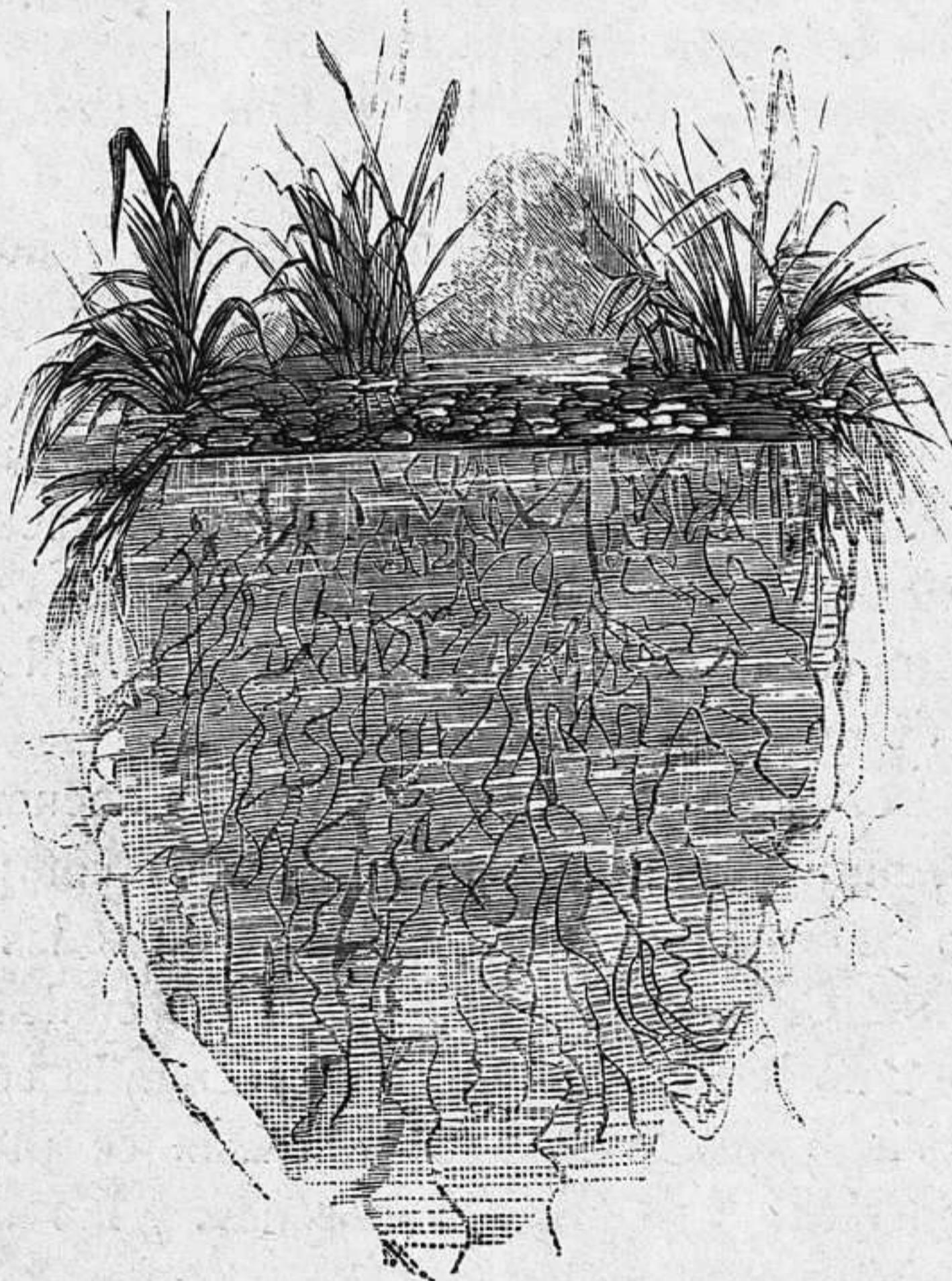
PLANTAS.

Tres ó cuatro dias despues de preparada la pecera, Carlitos y su papá salieron muy de mañana á comprar

las plantas necesarias para el adorno del acuario y bienestar de la familia que iba á habitarle.

Dirigiéronse al almacen ó depósito de plantas y semillas que tienen en la calle de Hortaleza los señores Bayez y Salletes, y allí sólo pudic-

PLANTAS ACUÁTICAS.



Lenteja acuática.

ron proporcionarles simiente de la encantadora *Myrorotis palustris*, vulgarmente *No me olvides*, que tan graciosamente adorna el borde de las aguas con sus racimos de preciosas flores del color del cielo, indicándoles, para surtirse de las restantes, el

jardin de Osuna, donde este eminente personaje ha logrado reunir una muy completa coleccion de plantas acuáticas.

Encamináronse, pues, á las Vistillas, y ¡cuál sería su disgusto cuando al fin de su largo paseo se encontra-

ron con que el jardinero del Duque les decia que, en efecto, otros años se habian vendido esas plantas, pero éste no tenian orden de su amo para ello !

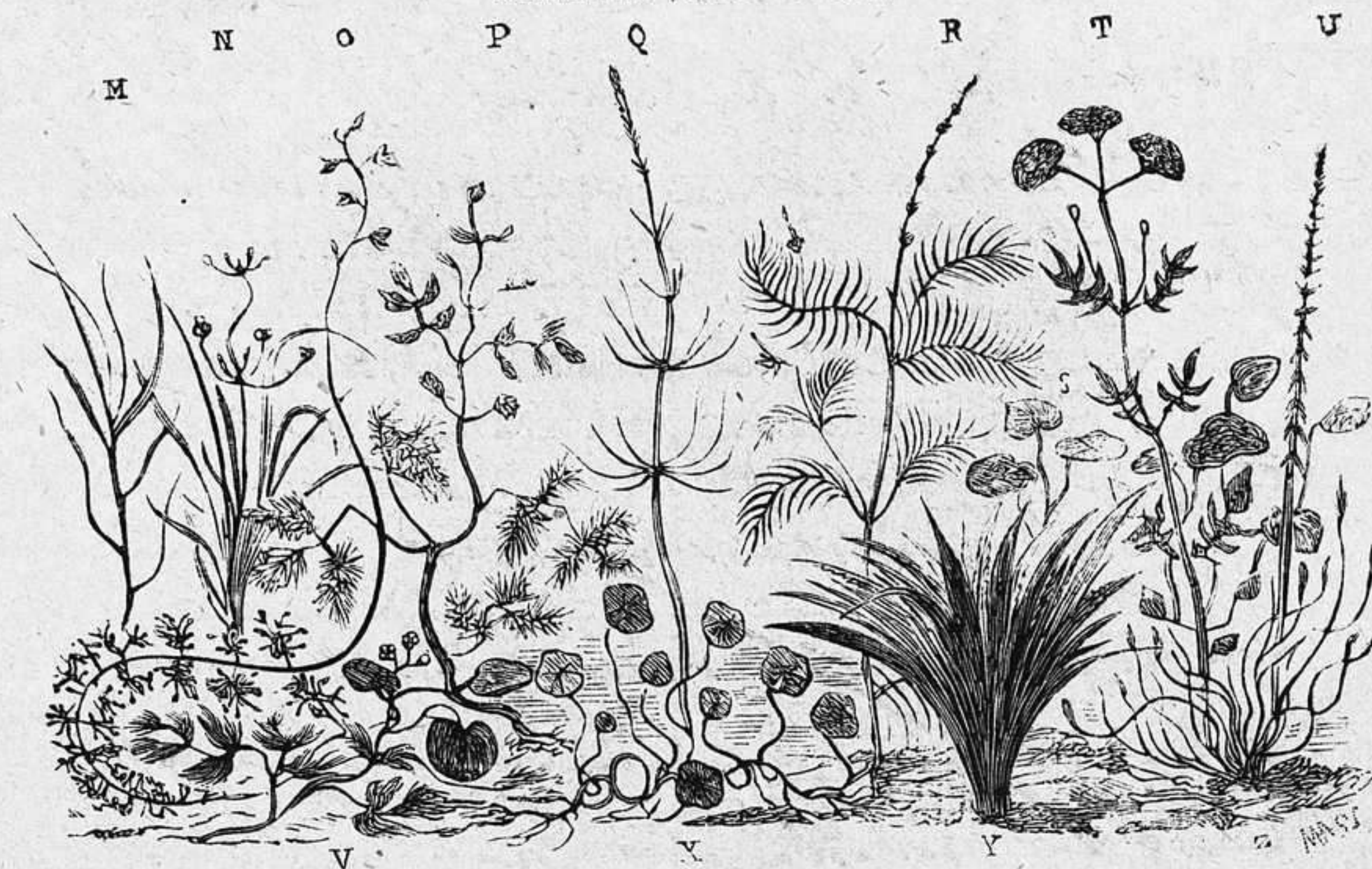
El único partido que les quedaba era volverse tranquilamente á su casa, y éste tomaron muy filosóficamente pensando que no habian perdido el dia del todo, puesto que ya podian sembrar entre los huecos del peñasco una de las más bonitas plantas que habian de criarse en el acuario.

Respecto de las que no habian podido adquirirse en la casa de Osuna, puesto que en las aguas se encuentran, á las aguas habria que ir á buscarlas.

Al punto convinieron padre é hijo en esta proposicion, y en su consecuencia se decidió que el dia que se señalase para esta expedicion podria aprovecharse para convertirle en fiesta campestre, avisando á los primos de Carlitos, si la mamá y los tios no tenian inconveniente.

Con este arreglo ya Carlitos no

PLANTAS ACUÁTICAS.



M. *Carex limosa*.—N. *Alisma ranunculoides*.—O. *Utricularia minor*.—P. *Helosciadium inundatum*.—Q. *Equisetum palustre*.—R. *Myriophyllum verticille*.—T. *Valeriana dioica*.—U. *Hippuris vulgaris*.—V. *Ranunculus aquatilis*.—X. *Hydrocotyle vulgaris*.—Y. *Stratiotes aloides*.—Z. *Limosella acuática*.

sólo no sentia no haber encontrado lo que buscaba, sino que se alegraba del mal resultado de su paseo, y reflexionaba consigo mismo en la verdad de aquel proverbio que dice «no hay mal que por bien no venga», y se decia que jamas debia uno desesperarse por nada, pues tal vez lo que al pronto le contraría puede

luégo convertirse en mayor satisfaccion.

Llegados á casa, comunicaron á la familia el proyecto, y habiendo merecido la aprobacion de todos, no quedaba más que señalar el dia.

Guardóse muy bien de esto el padre de Carlitos, pues sabía que, por docilidad y buena voluntad que tu-

viese su hijo, si podia contar los dias, las horas y los minutos que le separaban de una diversion, que por tanto no dejaria de ser ansiada por su infantil curiosidad, tal vez se distraeria en sus estudios, y limitóse á

hacerlo para sí propio y para las personas mayores de la casa, todas las cuales quedaron en estar dispuestas para el domingo inmediato.

RAFAEL DE SANTISTÉBAN Y MAHY.

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS.

El que hace alarde de su virtud, duda de sí mismo.

Quien pierde la esperanza, renuncia a' la vida.

Honrar a' la vejez es prueba de fortaleza.

La lealtad es hija del honor y de la gratitud.

La envidia es no solo un vicio, sino un tormento. El envidioso siente la felicidad ajena como la perdida de un bien que poscia.

La adulacion es un insulto al merito y a' la virtud.

Las virtudes cívicas son la ejecutoria de nobleza del alma.

Fernando Corradi



DON JUAN DE RIVERA.

Nació el célebre D. Juan de Rivera en Sevilla en el año de 1532, y fué su padre D. Pedro Afan de Rivera, primer duque de Alcalá de los Gazules, virey de Cataluña y de Nápoles, y sobremanera estimado del monarca D. Felipe II.

Cursó el niño D. Juan los estudios maycres en Salamanca, donde tuvo por maestros á los insignes Melchor Cano y Domingo de Soto, con quienes departia amistosamente acerca de las más importantes cuestiones de la teología. Como desde luégo se distinguió por su aplicacion y por su talento, todos sus condiscípulos le amaban y le respetaban, y áun querian tomarle por modelo. Era exactísimo en las horas de entrar en clase, ganaba todos los premios, comprendia enseguida todas las cuestiones, y sabía resolver todas las dificultades con tal verdad, tal sencillez y tal aplomo, que era el encanto de sus maestros.

Tan pronto como fué doctor y catedrático, el Rey quiso nombrarle obispo de Badajoz. Rivera se excusaba, ya por su natural modestia, ya por su escasa edad, pero tales fueron las instancias que se le hicieron, que no tuvo más remedio que aceptar tan elevado puesto. Cada dia se daban á conocer más sus virtudes y sus vastos conocimientos, en térmi-

nos que el papa Pío V le nombró patriarca de Antioquía, diciendo en un consistorio de cardenales que Rivera era *lumbreira de toda España, raro ejemplo de virtud y de bondad, dechado de las costumbres y de la santidad, tanto que nos confunde con su humildad y parsimonia.* ¡Qué elogio tan grande en labios del sumo Pontífice!

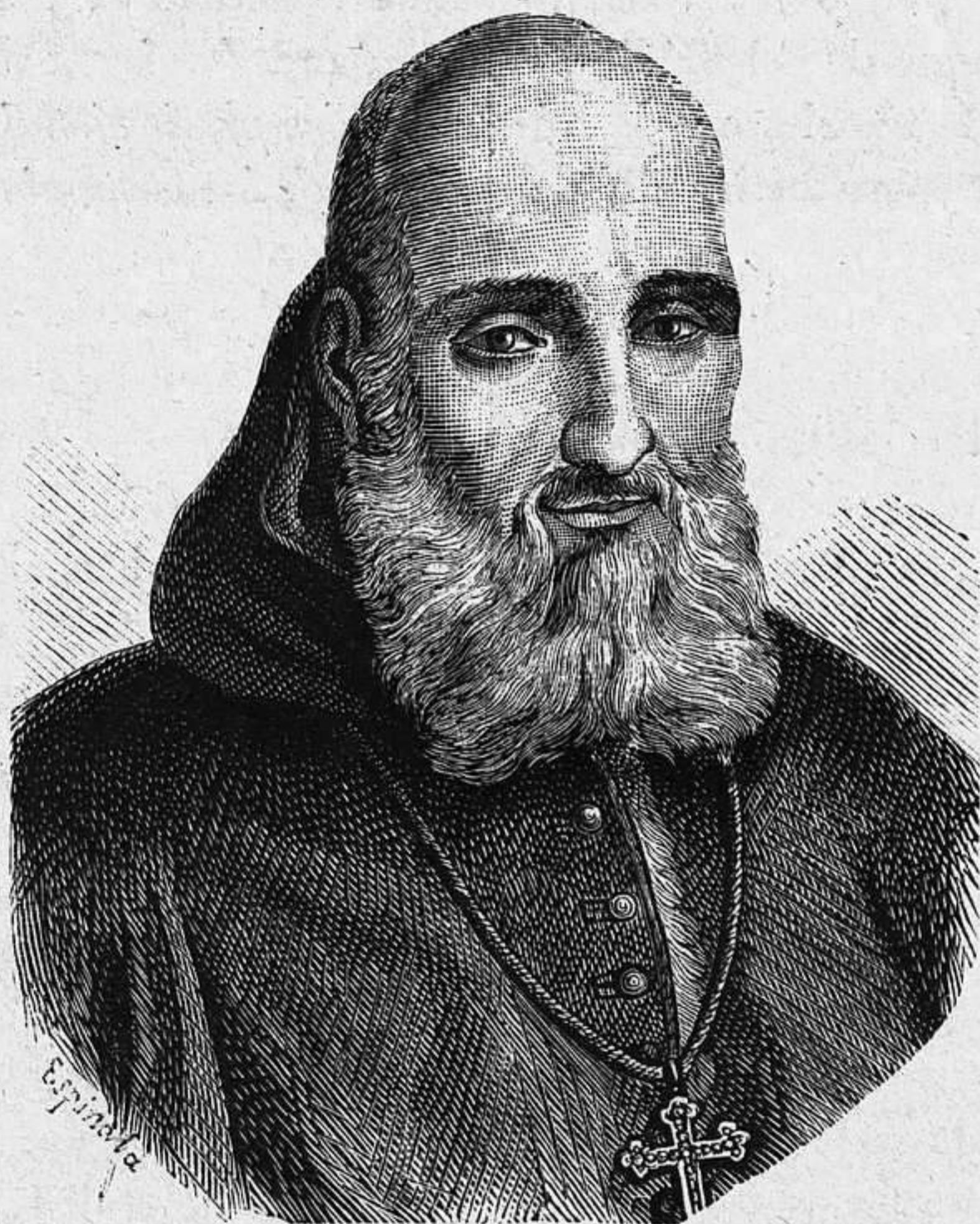
Fué trasladado á Valencia, y allí, como en Badajoz, no se cansaba de estudiar, de predicar, de visitar los enfermos, de socorrer á los pobres y dar á todos los más altos ejemplos de virtud y de mansedumbre. Tomó gran parte en la conversion de los moriscos, procurando reformar las costumbres de los cristianos y conservar entre los eclesiásticos la más rigurosa disciplina. Era, en fin, el protector de todos, el padre de todos, el amigo de todos.

Pero un hombre tan bondadoso, tan justo y tan recto, no carecia de las dotes de energía y de mando, que eran necesarias para el nuevo cargo de que le invistió Felipe III. Encargóle el gobierno político del reino de Valencia, y entónces supo revestirse de la entereza é inflexibilidad que requeria la correccion de los abusos y el castigo de los bandoleros y de los perversos.

Su severidad y su vigilancia fue-

ron tan grandes, que muchos huyeron de Valencia; pero en cambio aplaudian su prevision y su celo todos los hombres buenos. Su palacio estaba abierto á todo el mundo, en él se daba hospedaje al pobre y al

viajero; en tiempo de necesidad acopió numerosos comestibles, y hasta socorria á las familias nobles y menesterosas de un modo tan discreto, que nadie podia resentirse de los favores que recibian del prudentísimo



Don Juan de Rivera.

prelado. No le faltaron, sin embargo, envidiosos que quisieron calumniarle, pero todo contribuyó á hacer resaltar más sus grandes virtudes.

Falleció este hombre benéfico en el año 1611, dejando fundado en Valencia el magnífico seminario de *Córpus Christi*, dotado para educar jóvenes religiosos.

JANER.